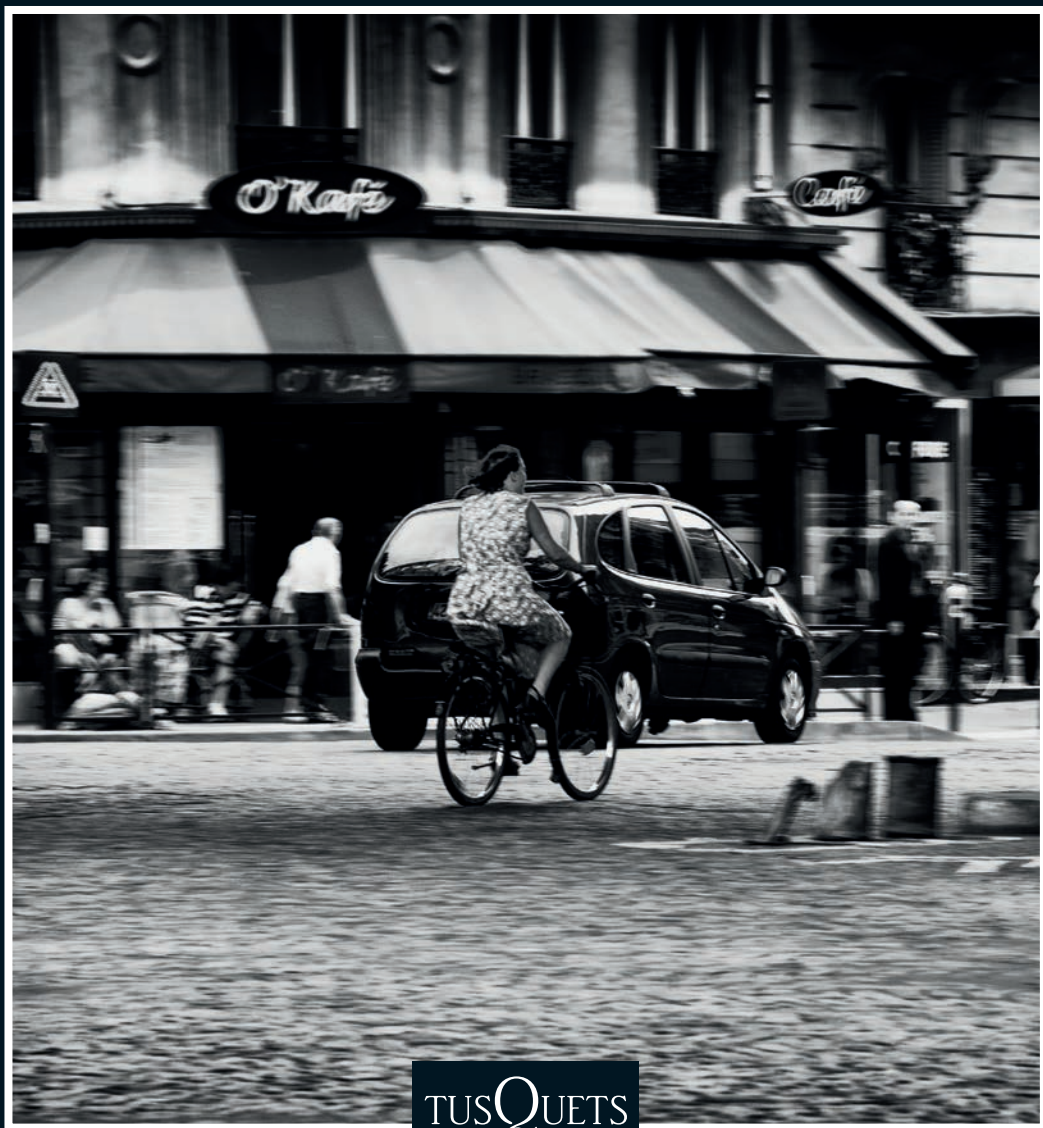


Ayşegül Savaş

VOLVER A CASA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AYŞEGÜL SAVAS
VOLVER A CASA

Traducción de Martha López Castro

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Walking on the Ceiling*

1.ª edición: noviembre de 2021

© 2019, Ayşegül Savaş

Traducción: © Martha López Castro
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-043-0
Depósito legal: B. 15.983-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cuando vivía en París, durante un corto periodo de tiempo fui amiga del escritor M. Él también era extranjero en la ciudad, lo cual pudo ser un motivo para que nuestra amistad floreciera. Salíamos a caminar por la ciudad y nos escribíamos.

Lo que queda de esa época es una fotografía suya de pie, frente a un muro de mármol, mirándome con ojos desconcertados. Por encima de sus cejas levantadas, destaca una cicatriz pálida e irregular que se hace más profunda y luego desaparece.

De hecho, tal vez no sea una cicatriz, sino un engaño de las sombras o de los pliegues de la edad en el rostro del escritor. No recuerdo haber visto esa cicatriz durante nuestras caminatas, pero yo solía agachar la cabeza cuando iba a su lado. Y no estoy segura de si sus ojos muestran sorpresa, como he dicho antes, o tan solo impaciencia por que sacara la foto.

Sin embargo, lo recuerdo un tanto confundido y

con esa cicatriz en la frente: una señal iluminada en ese breve momento que quedó documentado, cuando me miró directamente a los ojos.

Pero mi relato resulta impreciso también en esto, pues mi mirada y la suya estaban separadas por la cómoda distancia del objetivo de la cámara. Hasta donde puedo recordar, nunca lo miré a los ojos, ni siquiera cuando estábamos sentados frente a frente en algún café.

Algunos días me es difícil creer que esta amistad haya sido real, con su lógica particular, su desapego del mundo. Los recuerdos tienen la textura de un sueño, de una invención, un carácter flotante, extraño y liviano, como caminar con los pies en el techo.

Cuando era pequeña, apuntaba un espejo cuadrado hacia el techo. Examinaba cada centímetro de esa extensión lisa y blanca, apartada por completo del mundo lleno de bordes que se encontraba en el polo opuesto, donde la gente vivía en las sombras, abrumada por las dificultades. Entendía que lo único que se puede hacer en medio de la oscuridad es retirarse a los paisajes luminosos de nuestro propio ser.

En estos tiempos, estoy cada vez más convencida de que debería poner por escrito algunos hechos de mi amistad con M., para conservar intacto algo de aquel entonces. Pero las historias son desconsideradas, ciegas a todo menos a su propia forma. Cuando una cuenta

una historia, está dispuesta a omitir mucho. Y debo reconocer que esas largas caminatas y conversaciones carecen de forma, aunque pienso en ellas con frecuencia.

Permitidme situar aquí la fotografía, vestigio tangible de nuestra amistad.

Lo que sigue es un inventario incompleto.

Conocí a M. unos meses después de mudarme de Estambul a París. Llegué a la ciudad sin trabajo y sin un lugar donde vivir. Me matriculé en un curso de literatura para obtener un visado, pero sabía, incluso antes de llegar, que no asistiría a ninguna clase.

Ya me había inscrito antes en el mismo curso, unos años después de graduarme en la universidad, en Inglaterra. Tenía una visión diferente de mí y trabajé con tenacidad para lograrlo. Vivía en Londres con mi novio, Luke, y construía mi vida pieza a pieza. Imaginaba que los dos nos mudaríamos a París, nos convertiríamos en ciudadanos franceses y llevaríamos el tipo de vida creativa que se atribuye a los residentes de la ciudad. Incluso hablábamos en francés mientras hacíamos la cena, preparándonos para nuestra nueva vida.

Por teléfono, mi madre me había presionado para ir a París. Yo llevaba años sin regresar a Estambul y

ella siempre encontraba la manera de hacer que eso sonara normal.

—Por supuesto que deberías ir, Nunu —decía—. ¿Qué puede haber para ti en Estambul?

Yo no había propuesto la opción de volver a casa.

Me enteré de que mi madre estaba enferma no por ella, sino por sus tías. Regresé a Estambul poco después y cancelé mis planes de mudarme a París.

La segunda vez que decidí ir a París, las tías de mi madre, Asuman y Saniye, me advirtieron de que vivir una vida sin raíces era una necesidad. Era el tipo de cosa que también podrían haberle dicho a mi madre, lo mismo que la habría sumido en el silencio. Mis tías me dijeron que debería ser prudente y construirme una vida en Estambul, como si construirse una vida fuera cuestión de proponérselo, cosa que también yo solía creer. Un trabajo estable, cerca de casa, y un marido fiel.

—Tu pobre madre nunca se las arregló —decían las tías.

A la hora de construir mi vida, debía tenerlas cerca para asegurarme de que todo se desarrollara de la manera correcta. No permitirían que nadie pensara que llevaba la vida sin rumbo de una huérfana. Cuando llegara el momento, se harían cargo de los regalos de boda, la ropa de cama, los manteles, las cenas.

Incluso me ofrecieron su ayuda para renovar el piso de mi madre.

—Podemos hacer lo que tú quieras —afirmaron,

y me contaron sus planes. Pintaríamos el cuarto de mamá y cambiaríamos todo el mobiliario. Su antiguo estudio, donde mamá había conservado todos los libros de mi padre, sería mi nuevo dormitorio. Una vez que retiráramos las estanterías, me aseguraron, la habitación sería muy espaciosa.

De momento, mi cuarto de la infancia serviría para las visitas.

—Y más tarde —dijo Saniye—, quién sabe.

También dijeron, la tarde en que fuimos al notario para cerrar la venta del piso, que era un desperdicio. Ya les había contado que usaría parte del dinero para irme a París, pagar el curso y costear mis gastos personales.

Lo repitieron después de que firmara los papeles.

—Qué desperdicio. El hogar de tu pobre madre.

Así empezaron a llamarla desde entonces: mi pobre madre.